

AGENDA CIUDADANA

La nación: lo que unas pierden, otras ganan

La construcción de muchas naciones conlleva la destrucción violenta de otras posibles. Es un proceso que mucho tiene de darwiniano, de brutal, y México es un ejemplo de ello.

Pero ¿qué es una nación? Desde una visión donde los términos centrales son colectividad, cultura y territorio, Lowell W. Barrington, ofrece esta definición: nación es una “colectividad unida por características culturales compartidas (mitos, valores, etc.) y por la creencia en su derecho a la autodeterminación territorial”. Así, el objetivo central de la colectividad nacional es el control del territorio que considera suyo, en exclusiva, (“Nation” and “Nationalism”: the misuse of key concepts in political science”, Political Science and Politics, diciembre 1997, p. 713).

El 25 de marzo, el presidente Andrés Manuel López Obrador (AMLO) reveló que había enviado sendas cartas al rey de España y al Papa demandando que pidieran perdón a los pueblos originarios de México por los agravios que en el pasado les infligieron sus instituciones. En ese contexto, AMLO también aceptó que en el México ya independiente siguieron los agravios y puso como ejemplo lo ocurrido con los ma-

yas y yaquis, y que él, a nombre de la nación mexicana, también pediría perdón.

Dejemos de lado lo de España y de la iglesia católica para centrarnos en reconocer la deuda de México como nación con algunas de sus partes. Y ya que AMLO mencionó a mayas y yaquis, hay que reconocer que, para formar a nuestra actual nación, sus dirigentes en los siglos XIX y XX consideraron válido destruir las aspiraciones de ciertas comunidades a hacer realidad, en términos de Barrington, su certeza de tener derecho a controlar su territorio al punto de la autodeterminación.

La gran rebelión maya - la llamada Guerra de Castas - se inició en 1847, como subproducto de un conflicto entre miembros de la élite gobernante que coincidió con una acumulación de agravios de un grupo de mayas. La insurrección estalló justo cuando México, que apenas estaba en el proceso de formarse como Estado nacional, estaba sumido en otra guerra mayor con Estados Unidos y sin comunicación terrestre con Yucatán. La guerra en esa península habría de prolongarse por más de medio siglo. No toda la población maya se identificó con los insurrectos, ni todos los rebeldes eran ma-

yas, pero llegaron a ser lo suficientemente numerosos y organizados en 1848 como para casi expulsar de Yucatán a la minoría propietaria criolla y a sus aliados, al punto que estos buscaron. Sin éxito, la protección ya no del gobierno mexicano que poco les podía apoyar, sino de Estados Unidos, Inglaterra o de España. Los rebeldes, por su parte, encontraron apoyo en los comerciantes ingleses de Belice que les proveyeron de pertrechos. Para 1858 la élite criolla estaba a la ofensiva, pero los rebeldes tuvieron capacidad para organizar y sostener un ejército y una administración que les permitió reclamar con cierto éxito el control territorial del este de Yucatán, desde Tulum hasta Bacalar, teniendo como capital, al centro, a Chan Santa Cruz.

Según el concepto de nación, los mayas rebeldes no sólo reclamaban en los hechos como suyo los territorios que dominaban, también estaban unidos por la lengua y otras características culturales compartidas, en particular las religiosas alrededor de la “Cruz Parlante”, que aseguraba a los rebeldes, a los cruzoob, que Dios estaba de su lado.

La violencia de ambos bandos fue brutal y finalmente el ejército porfirista, al mando del general Igna-

cio Bravo, tomó Chan Santa Cruz en 1901. La cruz dejó de hablar y la guerra finalizó. Para entonces la producción del “oro verde” en las haciendas henequeneras estaba en su apogeo, la oligarquía construyó sus espectaculares mansiones en el Paseo Montejo en Mérida y la posibilidad de esa otra nación, la de los rebeldes, desapareció.

En su ofrecimiento de pedir perdón, AMLO mencionó también a los yaquis. Este grupo indígena norteño tiene en común con los de Yucatán, su empeño en resistir el avance del México capitalista sobre las tierras de su comunidad. El territorio que defendían estas tribus, como ellos se denominan, abarcaba del río Yaquí al sur y seguía hasta Arizona a lo largo de la Sierra Madre Occidental y la costa del Golfo de California. El río, que se desborda un par de veces al año, es el corazón de la región. Cuando México logró su independencia, los yaquis insistieron en buscar la suya. Su resistencia a los “yoris” se había iniciado desde el siglo anterior y las luchas internas de México permitieron a los yaquis, en alianza con los mayas -otra etnia de Sonora- perseguir su autonomía como aliados del II Imperio. Para ellos, el triunfo liberal fue un gran revés al legalizar la privatización

La violencia de ambos bandos fue brutal y finalmente el ejército porfirista, al mando del general Ignacio Bravo, tomó Chan Santa Cruz en 1901. La cruz dejó de hablar y la guerra finalizó. Para entonces la producción del “oro verde” en las haciendas henequeneras estaba en su apogeo, la oligarquía construyó sus espectaculares mansiones en el Paseo Montejo en Mérida y la posibilidad de esa otra nación, la de los rebeldes, desapareció.

de sus tierras comunales. En nombre del progreso, los gobiernos de Benito Juárez y Porfirio Díaz les hicieron la guerra sin piedad, lo que llevó, entre otras cosas, a masacres como la de 1868 en Bacum, donde perecieron alrededor de 600 prisioneros, las deportaciones masivas del porfiriato -quizá 6,500- ja Yucatán! (Romana Falcón, México descalzo. Estrategias de sobrevivencia frente a la modernización liberal, México 2002, pp. 166-171). Aquí, como en el caso maya, una etnia con una cultura compartida, organizada, luchó ferozmente por la autodeterminación de un territorio que consideraba propio. Los ejércitos yaquis -cuya bandera de colores azul, blanco y rojo, tenía una cruz, un sol y una luna en el centro-, se rindieron formalmente al

final del Porfiriato, pero tras unirse a la Revolución de 1910, retornaron a su calidad de insurgentes cuando el nuevo régimen continuó con los despojos. Sólo el cardenismo en los 1930, con su reforma agraria, terminó con los rescoldos de esa larga guerra de independencia frustrada.

En conclusión, la moderna nación mexicana contiene, entre sus muchos elementos positivos de construcción, la destrucción a sangre y fuego de embriones nacionales como los hubo en Sonora y en Yucatán. Reconocer ese hecho al más alto nivel político y asimilarlo a nivel colectivo, es una forma de alcanzar la madurez nacional. www.lorenzomeyer.com.mx agenda_ciudadana@hotmail.com

Restricciones

Luis Rubio

La hipótesis más socorrida sobre las causas del resultado electoral del año pasado se refiere al hartazgo de la población, la evidente corrupción del gobierno del momento y, sobre todo, los pobres resultados de décadas de reformas en términos de ingresos, pobreza y equidad. Todo eso sin duda es válido, pero no explica el cambio tan extraordinario que mostró el electorado entre enero y julio de 2018, en que las preferencias electorales por el hoy presidente pasaron del 30% al 53%. Parte de la explicación yace sin duda en la forma de conducirse de las otras dos candidaturas y, especialmente, del presidente Peña Nieto en el camino, pero me parece evidente que un alto porcentaje del electorado simplemente decidió que la promesa de “más de lo mismo” no mejoraría la economía del país.

La propuesta de AMLO de alterar el camino resultó atractiva para más de la mitad del electorado y, desde el día siguiente de la elección, se ha dedicado a implementar su visión con decisiones muchas veces controvertidas y costosas. El resultado a la fecha, apenas unos meses en el gobierno, no es encomiable: en lugar de un proyecto, la evidencia muestra que el presidente y su complicada -y extraordinariamente diversa- coalición tienen más obsesiones, ocurrencias y agendas encontradas que un plan estructurado y encaminado a construir una plataforma para el desarrollo.

Desde hace años, AMLO ha sido muy claro en su convicción de que el país erró el camino a partir del inicio de las reformas en los ochenta: su planteamiento central es que el gobierno debe ser el rector del proceso económico, es decir, conductor del desarrollo porque el “neoliberalismo” no ha hecho sino producir pobreza y una creciente desigualdad.

Evidentemente, las reformas no han resuelto los problemas del país, pero una evaluación integral del fenómeno que hemos vivido en los años en que México se incorporó a los circuitos comerciales, tecnológicos y financieros del mundo requiere entender el contexto internacional en que todo esto se daba, pues el fenómeno es, en términos generales, global en naturaleza.

Tres libros intentan explicar qué ocurrió y por qué. Cada uno tiene su propio objetivo y sesgo, pero el conjunto arroja una película muy interesante. Charles Dumas* ofrece un análisis esencialmente técnico sobre lo que ocurrió en las décadas en que se aceleró el comercio mundial y se alteró la forma de producir en el mundo (concentrando la producción de partes y componentes para elevar la calidad de los bienes y disminuir su costo), pero sobre todo la incorporación de India y China, especialmente ésta última, al proceso industrial. Visto desde nuestra óptica, China le “robó” a México el mercado de exportaciones que el TLC prometía; sin China compitiendo por la producción industrial que se retiraba de EUA, los pasados treinta años habrían sido muy distintos.

Robert Kuttner** aporta un diagnóstico muy coherente con la visión de AMLO: el mundo funcionaba bien cuando los sindicatos eran poderosos y tenían capacidad de defender los intereses de sus agremiados, el Estado de bienestar satisfacía los intereses de la población antes que la de los capitalistas, la economía estaba enfocada hacia el mercado interno y no había flujos financieros de

Desde hace años, AMLO ha sido muy claro en su convicción de que el país erró el camino a partir del inicio de las reformas en los ochenta: su planteamiento central es que el gobierno debe ser el rector del proceso económico, es decir, conductor del desarrollo porque el “neoliberalismo” no ha hecho sino producir pobreza y una creciente desigualdad.

corto plazo cruzando las fronteras. Aunque se refiere a EUA (y mezcla a Europa en el camino), el argumento de Kuttner -más político que económico- es casi indistinguible de la visión que AMLO ha esbozado en sus libros y discursos. Como AMLO, la visión de Kuttner es nostálgica: dice que no hay salidas fáciles pero que lo existente no es bueno y que hay que recuperar las anclas de desarrollo del pasado.

Barry Eichengreen*** estudia la evolución y devenir de los movimientos populistas a lo largo del tiempo tanto en EUA como en Europa. Con una visión analítica, este autor observa que, detrás del enojo y desconcierto ciudadano en la democracia, se encuentra una combinación de incertidumbre económica, gobiernos incapaces de responder ante las demandas y necesidades de la población y las amenazas a la integridad de la identidad de la ciudadanía. Su argumento es lúcido tanto en las causas como en las consecuencias: concluye que la solución “técnica” no es difícil de dilucidar, pero que los gobiernos en general no tienen la capacidad política o visión para hacerlo, en tanto que los gobiernos populistas no ven la necesidad de atender las causas del fenómeno.

Donde hay una coincidencia absoluta entre AMLO y estos autores es en cuanto a la impopularidad del rescate bancario en México y EUA, respectivamente. Para AMLO, el rescate bancario fue una catapulta en su visión política y en su perspectiva de lo que está mal en el país. Otra coincidencia es la relativa a la migración: para los estadounidenses de Trump, la migración constituye una amenaza a su identidad; para AMLO, la migración representa un fracaso de la política económica mexicana.

Eichengreen concluye diciendo que los gobiernos no convencionales típicamente son indiferentes a las restricciones que imponen los mercados, la disponibilidad de mano de obra o las necesidades de la inversión privada. Eso mismo probablemente acaba siendo el mayor desafío de AMLO en los años por venir.

* *Populism and Economics*.
** *Can Democracy Survive Global Capitalism?*
*** *The Populist Temptation*.
@lrubiof

ÁTICO

AMLO es un fenómeno mexicano, pero actúa en un contexto mundial que no puede ser ignorado y que impactará en su desempeño.

Fórmula infalible para ser un buen presidente

Jorge Zepeda Patterson

No existe un manual del usuario para dirigir un país, que yo sepa; ni una escuela en donde se aprenda a ser un buen presidente. Los mandatarios terminan descubriendo en qué consiste pilotear esa enorme nave que es la nación cuando están por terminar su sexenio y a veces ni entonces. Conducir desde Palacio Nacional (y antes Los Pinos) se asemeja a sentarse al volante de una gigante excavadora mecánica y descubrir a fuerza de intentos el impacto de cada una de las palancas y botones que aparecen en el tablero. No solo se trata de una cabina compleja, distinta a la de los autos que hasta ahora hemos manejado; el problema también es de perspectiva. Resulta difícil maniobrar cuando nos encontramos a tres metros de altura.

Me parece que Andrés Manuel López Obrador se encuentra justo en esa tesitura. Buena parte de su larga experiencia como líder opositor no solo no le está ayudando, sino en ocasiones me parece que le está perjudicando para convertirse en jefe de Estado. Las palancas de velocidades que aprendió manejar en su vida anterior no se parecen en nada a las que ahora manipula. En lo personal creo que es un hombre bien intencionado, sus objetivos (un país más justo y menos pobre) son atendibles y su austeridad y capacidad de trabajo constituyen una novedad en la galería de presidentes frívolos, corruptos o mediocres que nos han tocado en suerte. Solo espero que la curva de aprendizaje termine pronto y en el proceso no cometa más errores de los imprescindibles.

Mientras tanto, en lo que descubre en qué consiste convertirse en un buen presidente, hay un recurso infalible del que podría echar mano: hacer lo contrario de lo que haga Donald Trump. Alguna vez tuve una compañera que era tan desorientada que bastaba preguntarle en qué dirección había que comenzar a caminar para descubrir cuál era la mejor ruta: invariablemente la dirección contraria. Algo similar sucede con Trump. Es tan ostensible mal presidente, que intuitivamente sabremos que estamos en la zona correcta si procuramos no hacer lo que él.

Trump se ha enzarzado en un pleito personal con CNN, un medio de comunicación que lo critica sistemáticamente. Trump ignora la estadística que no apoya sus opiniones y genera las suyas propias, por ejemplo sobre economía o violencia. Trump está rompiendo las reglas de civilidad con su Congreso, abusando de prerrogativas que por lo general el ejecutivo no solía esgrimir en contra del poder legislativo; por ejemplo el llamado a declarar una emergencia nacional sin que existan las razones.

Resulta poco tranquilizador constatar que en algunas acciones de López Obrador encontramos paralelismos con su colega del norte. Nuestro presidente tampoco esconde la urticaria que le provoca un medio de comunica-

En lo personal creo que es un hombre bien intencionado, sus objetivos (un país más justo y menos pobre) son atendibles y su austeridad y capacidad de trabajo constituyen una novedad en la galería de presidentes frívolos, corruptos o mediocres que nos han tocado en suerte.

ción, en su caso el diario Reforma, al que reiteradamente llama fifí y lo declara enemigo personal. De igual forma, parece manejar su propia estadística cuando la que ofrecen los organismos internacionales, los bancos o las calificadoras difieren de las que él desearía. Y su relación con el Congreso no es mucho mejor que la de Trump. Designar a un general que apenas está solicitando el retiro para hacerse cargo de la Guardia Nacional y pretender cumplir así el acuerdo que Morena había hecho con la oposición (un mando civil) a cambio de la aprobación de la ley, es una jugarreta de mal gusto. Más cercana a las tácticas abusivas de Trump que a las del jefe de Estado que nos prometió en su discurso inaugural. Tampoco ayuda que Trump haya tenido una desavenencia con Jorge Ramos en una conferencia de prensa.

Desde luego que la discusión del periodista de Univisión con el presidente mexicano no alcanzó la hostilidad que caracterizó a la que sostuvo con el equipo de la Casa Blanca. Pero lo que llama la atención es lo gratuito de esa fricción, en la manera de Palacio Nacional. Como político López Obrador siempre se caracterizó por su mano izquierda para navegar por encima de los detalles. Ante el reclamo de Ramos de que la estadística de asesinatos era preocupante y a ese ritmo terminaríamos peor, bastaba con que el presidente hubiera dicho que ninguna cifra de muertos resulta menor, que mientras los haya su gobierno no descansará y que justo ese día presentaba un equipo en el que confiaba para comenzar a resolver el problema. En lugar de eso se enfrascó en una discusión absurda de números que terminó perdiendo porque su propio secretario de Seguridad horas más tarde la dio la razón al periodista.

En suma, los errores son inevitables en el difícil proceso de aprender a ser presidente. Pero muchos de ellos podrían evitarse si AMLO observa a Trump detenidamente y decide hacer lo contrario. Por desgracia hasta ahora, en más de un sentido, parece estarlo imitando. [@jorgezpedap](https://twitter.com/jorgezpedap) www.jorgezpeda.net